

# LA IMAGEN DE RODRIGO DÍAZ DE VIVAR EN LA NOVELA *EL CID* DE JOSÉ LUIS CORRAL

## *THE IMAGE OF RODRIGO DÍAZ DE VIVAR IN JOSÉ LUIS CORRAL'S NOVEL EL CID*

Peter Ivanov Mollov  
Universidad de Sofía  
pmollov@abv.bg

### ∞ RESUMEN

#### ∞ PALABRAS CLAVE

Cid  
Novela histórica  
Análisis

*El texto constituye un análisis literario de la novela histórica de José Luis Corral El Cid. La atención se centra en la recreación de la imagen del protagonista Rodrigo Díaz de Vivar. Se pretende analizar cómo el autor traza los diversos aspectos de su personalidad presentándolo desde múltiples puntos de vista: los de otras figuras históricas con quienes lo relacionó el destino y principalmente el del narrador, personaje inventado que acompaña al héroe como escudero. Nos proponemos asimismo revelar y destacar el realismo que ha conseguido el novelista al recrear la figura del personaje histórico.*

### ∞ ABSTRACT

#### ∞ KEYWORDS

Cid  
Historical novel  
Analysis

*The text consists in a literary analysis of the historical novel El Cid by José Luis Corral. It is focused on the recreation of the image of the protagonist Rodrigo Díaz de Vivar. Our purpose is to analyse how the author traces the diverse aspects of his personality presenting the hero from different points of view: those of the other historical figures with whom he interacts and principally that of the narrator, invented personage who accompanies the hero as a squire. Our purpose is also to reveal and enhance the realism achieved by the novelist recreating the figure of the historic personage.*

Recibido: 27/08/2017  
Aceptado: 05/04/2018



La imagen del mítico héroe medieval castellano Rodrigo Díaz de Vivar, apodado por los árabes el Cid, nos ha llegado configurada por una compleja simbiosis entre historia y ficción en que a veces cuesta distinguir entre la verdad histórica y la interpretación creativa. ¿Pero no es el concepto de “verdad histórica” en sí muy relativo? ¿Podemos considerar que un estudio historiográfico, por muy concienzudo y documentado que sea, ofrece una idea objetiva de unos acontecimientos pasados o unos personajes históricos? Creemos que no. En primer lugar, el historiador opera con documentos, crónicas, relatos escritos sobre estos acontecimientos y personajes distorsionados (intencionadamente o no) por el punto de vista de sus autores. Por supuesto, el cotejo de distintos puntos de vista le permite al especialista acercarse a la realidad, pero este acercamiento es parcial, a veces intuitivo, a menudo discutible, sin olvidar que el historiador también aporta (otra vez hay que decirlo: intencionadamente o no) su interpretación de los sucesos y el papel de determinados personajes en ellos. Ni el historiador ni el escritor pueden evitar la subjetividad inherente a toda obra humana. Claro está que el creador de una obra literaria puede permitirse mayor libertad, mientras que el historiador tiene que ceñirse a los datos, pero, aun así, ninguno de los dos puede proporcionarnos “la verdad absoluta” por la sencilla razón de que esta no existe. Como señala Vattimo: “No existe una historia única, existen imágenes del pasado propuestas desde diversos puntos de vista y es ilusorio pensar que exista un punto de vista supremo, comprensivo, capaz de unificar todos los demás” (2003: 11). No hay que olvidar que son muchos los factores que condicionaron las fuentes escritas en que se basan los científicos para sus estudios. En palabras de Heers “la ‘creación’ histórica [...] generalmente está marcada por el ‘clima’ político y social, por las curiosidades y las preocupaciones de cada época o, a veces, se manifiesta exageradamente voluntarista al servicio de una ideología, de una causa apoyada con el entusiasmo neófito, o incluso, de la ‘picardía’ de los seductores profesionales del pensamiento” (1995: 281). Finalmente, por lo que a la historia medieval respecta, esta está llena de lagunas que requieren una aproximación imaginativa por parte del historiador que se propone reconstruir los hechos. El propio José Luis Corral lo reconoce: la medieval es una “historia en migajas” (2005: 126).

Indudablemente la recreación artística del pasado está sujeta a una mayor libertad de interpretar los sucesos, de introducir personajes inventados, etc. Cada creador, según la época en que vive, los propósitos que tiene, su acceso a la información pertinente y su voluntad de ser objetivo (por muy relativa que sea esta noción) utiliza de diferente manera y en distinta medida esta libertad.

Sobre el Cid se han escrito multitud de obras a lo largo de diez siglos. La mayoría de ellas comparten la preferencia por los elementos legendarios en detrimento de los datos históricos. Como apunta Corral, la biografía del Campeador es “el paradigma de una biografía manipulada, manida, utilizada y tergiversada hasta la saciedad” (2002: 31). En cuanto a la novela, las primeras novelas históricas sobre el caballero castellano aparecen durante el Romanticismo y llevan el sello de la literatura de la época: idealización del héroe, debida a la visión nostálgica e idealista de los románticos con respecto a la Edad Media, predominio de la invención y de la aventura sobre el rigor histórico.<sup>1</sup> La novela histórica del realismo, por el contrario, se esfuerza por reconstruir objetivamente los hechos pasados. La novela histórica de hoy, que pudiéramos denominar

<sup>1</sup> Nos referimos a las novelas *La conquista de Valencia por el Cid* de Estanislao de Cosca Bayo, *El Cid Campeador* de Antonio de Tureba y *El Cid Campeador* de Manuel Fernández y González.

posmoderna, “plantea un modelo genérico diferente”, según Crespo. Ella señala que, en general, las novelas históricas de las últimas décadas se proponen “revisar” y “subjeter” la historia “mostrando la naturaleza ficcional de sus enunciados y, en buen número de ocasiones, ponerlos en entredicho o, incluso, parodiarlos” (Crespo 2015: 39). Es una afirmación válida para muchas obras, aunque nuestras observaciones permiten señalar tendencias muy diversas dentro de la amplia producción novelística actual que se suele poner bajo el rótulo de “novela histórica” en que caben desde las narraciones de aventuras cuya acción transcurre en épocas pretéritas, recreando con mayor o menor libertad acontecimientos del pasado y la vida de personajes históricos y apostando por la intriga, hasta novelas que ofrecen un panorama complejo de la vida del respectivo período histórico y atestiguan una buena preparación de los autores sobre los respectivos temas.

En la novelística de las últimas décadas se nota un creciente interés hacia el Cid que se puede explicar con la similitud que encuentra Crespo entre él y el hombre actual: Rodrigo Díaz fue un nómada como lo es el individuo posmoderno, un desarraigado (2015: 46-7). El Cid es protagonista o personaje secundario en numerosas novelas y está presentado de maneras muy variadas, apareciendo incluso en narraciones fantásticas, lo cual es una muestra de que el elemento histórico puede ser integrado en géneros ficcionales de diversa índole.<sup>2</sup>

La novela de José Luis Corral que nos proponemos analizar (la primera edición es del año 2000) se puede adscribir a lo que Huertas Morales denomina *novela histórica de personaje* (2015: 90). La obra pretende ser una recreación literaria, pero estrictamente documentada, de la imagen y los hechos de la vida de Rodrigo Díaz de Vivar. El novelista ha conseguido ofrecer una visión polifacética del personaje histórico persuasiva y dotada de verosimilitud, gracias a los múltiples puntos de vista desde los cuales se nos presenta y principalmente al del narrador, personaje inventado, al que el novelista hace acompañar como fiel servidor del Cid, permitiendo que su imagen se perfile a través de la mirada de un hombre que con el tiempo llega a conocerlo como a sí mismo.

José Luis Corral es un profesional de la historia: catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Zaragoza, autor de numerosos estudios y de veintiuna novelas hasta la fecha que han obtenido gran éxito y le han convertido en uno de los importantes cultivadores del género en España. En él se da, pues, la perfecta combinación para un escritor de novelas históricas: el conocimiento profesional de la materia novelada y el talento de creador. Su novela dedicada al Cid destaca por el realismo y la intuición psicológica con que está trazada la figura del héroe y que le han permitido al autor crear un personaje creíble. Sin embargo, algunos rasgos del héroe resultan discutibles como intentaremos demostrar.

**1. El aspecto físico.** Las descripciones físicas de Rodrigo son escasas. En dos momentos el narrador describe la complexión del héroe subrayando las dos veces su fuerza física: “Mientras se vestía, pude contemplar su cuerpo desnudo, con sus músculos modelados por el ejercicio constante al que no renunciaba en ninguna circunstancia” (93);<sup>3</sup> “Rodrigo tenía cumplidos los treinta años, aunque se conservaba como un joven de veinte” (177). Las otras referencias a su

<sup>2</sup> *El Cid* de Eduardo Luis Muntada (1962), *El caballero del Cid* de José Luis Olaizola (2000), *El Cid* de José Luis Corral (2000), *El señor de las dos religiones* de Juan José Hernández (2005), *El caballero, la muñeca y el tesoro* de Juan Pedro Quiñonero (2005), *Mío sidi* de Ricard Ibáñez (2010), *¡Oh, Campeador!: la otra cara del héroe* de Jenaro Aranda (2015), *Cid Campeador* de Eduardo Martínez Rico (2015). Seguramente la lista se puede enriquecer con más títulos.

<sup>3</sup> En todas las citas de la novela *El Cid* de José Luis Corral se colocará a continuación, y entre paréntesis, únicamente el número de página. Todas pertenecen a la edición indicada en la bibliografía.

físico están ligadas a los episodios en que el Cid recibe heridas que lo dejan postrado durante algún tiempo. El hecho de que no se preste demasiada atención al aspecto físico es explicable, teniendo en cuenta que lo verdaderamente importante son las cualidades y las acciones del héroe. Sin embargo, las referencias existentes bastan para ofrecernos la imagen de un hombre vigoroso e imponente, como realmente sería el héroe, acorde con las constantes menciones de los duros entrenamientos a los que se sometía, algo que no ha de sorprendernos en una época en que las buenas condiciones físicas eran de primordial importancia para un guerrero.

**2. Las destrezas del Cid.** La maestría bélica del Cid es también objeto de ponderación en repetidas ocasiones; él poseía en grado sumo todas las habilidades de un guerrero ejemplar. La primera referencia al respecto es su precocidad: “a los diez años montaba a caballo a la perfección, arrojaba la lanza con la precisión de un experto soldado y era capaz de empuñar la espada y de repartir mandobles, cosa extraordinaria a su edad” (19), llegando más tarde a superar a todos los demás nobles de la corte (21). Pero, a la vez, Rodrigo era un hombre instruido (según los criterios de la época), ya que “aprendió a leer y a escribir, latín y leyes” (21). Efectivamente la preparación de un caballero noble incluía la adquisición de conocimientos jurídicos necesarios para ejercer funciones administrativas, como apunta Martínez Díez (2001: 55).

Su superioridad como guerrero queda demostrada en varios enfrentamientos con fuertes adversarios como las dos ordalías contra sendos caballeros navarro y musulmán cuando apenas tenía dieciocho años (84, 88).

Por lo que se refiere a la edad del héroe, esta es discutible, ya que las fuentes históricas no señalan su fecha de nacimiento. R. Menéndez Pidal la coloca entre 1041 y 1047 (1969: 684-85); con él coincide más o menos R. Fletcher (1989: 111); G. Martínez Díez, por su parte, la retrasa hasta 1048-1050 (2001: 34).

En cuanto a su conocimiento de las leyes, este queda avalado por el hecho de que el rey le designa como juez de diversos casos, debido a que “sabía de memoria el Fuero Juzgo” (163). Estos casos son verificables gracias a los numerosos documentos conservados.

**3.** Un aspecto del héroe al que el autor de la novela presta mucha atención es su propensión a **actuar de forma prudente y pragmática**, sin excederse, y, asimismo, **el talento de estratega** del que da pruebas en las campañas militares.

La primera ocasión en que el Cid muestra dichas cualidades es en la guerra en que se enfrentan el ejército de Aragón y el de la alianza entre Castilla y Zaragoza. El rey musulmán de Zaragoza propone recurrir a una celada enviando a uno de sus hombres para que asesine al rey aragonés Ramiro. Y mientras todos se muestran reacios a apoyar la propuesta por temor a parecer cobardes, Rodrigo hace un escueto, pero claro y lúcido análisis de la situación a favor de la propuesta concluyendo así: “Creo que en la guerra hay que usar todas las armas disponibles, y si ese guerrero musulmán es un arma eficaz, no veo la razón para no utilizarlo como tal” (47). La actitud del Cid revela su capacidad de tomar la mejor decisión según las circunstancias: su valentía no le impide razonar, sopesar las posibilidades y optar por la astucia cuando la situación lo requiere. Es imposible saber si realmente apoyó el plan y con qué argumentos, pero su manera de actuar en otros momentos hace creíble la escena.

Sus victorias en una serie de batallas son fruto de sus dotes de estrategia: la batalla contra los leoneses en que aprovecha el error de los enemigos (94), la que libra contra García Ordóñez en que apuesta por la sorpresa (193), el engaño del que se sirve en el enfrentamiento con la tropa del conde de Barcelona (436) o la emboscada con que sorprende a los almorávides (550) e incluso el

soborno con que consigue la rendición del alcaide del castillo de Cebolla (511) o el intento de provocar un motín entre los valencianos contra el gobernador Ibn Yahhaf mientras está asediando la ciudad (528).

Al mismo tiempo el narrador subraya varias veces que el Cid es partidario de la solución pacífica o de la negociación para resolver los conflictos, así como de la paciencia y la prudencia en vez de asumir excesivos riesgos. Cuando el rey don Sancho, descontento con la división del reino de su padre, se propone conquistar el reino de León de su hermano Alfonso, el Cid trata de frenar sus impulsos alegando que Castilla no tiene las fuerzas necesarias para acometer tal empresa (105; 112-13; 125). El narrador recalca repetidas veces estos rasgos de su personalidad como en la siguiente caracterización del héroe: “Pero Rodrigo calculaba siempre las acciones a desarrollar con sumo cuidado y, aunque los romances que ahora narran sus hazañas nada dicen de su prudencia y sí mucho de su valor, el Campeador siempre se mostró partidario de la negociación antes que de la pelea” (398). Otras veces la ponderación de dicha cualidad del Cid se pone en boca de algún personaje como las palabras que le dirige al-Mustain: “Has demostrado ser un campeón en la batalla y un hábil diplomático en la paz. No sé qué admiro más, si tu habilidad y destreza en el uso de las armas o tu capacidad estratégica en el campo de combate, o tus dotes diplomáticas para alcanzar acuerdos ventajosos”. La respuesta del Cid es también bien elocuente: “Mi padre me enseñó a ser paciente y a no precipitarme, ni en mis juicios, ni en mis ímpetus” (490).

Esta imagen del Cid concuerda con los datos históricos sobre sus acciones militares: llama la atención que él apuesta por la fuerza solo cuando lo estima imprescindible; en no pocos casos recurre a estrategias alternativas para evitar o reducir el derramamiento de sangre.

Otro aspecto de su pragmatismo es su capacidad de adaptarse a las circunstancias, de vivir en diversos ambientes, cristianos o islámicos, su falta de conservadurismo cristiano, en palabras de Peña Pérez, quien lo llama “personaje transfronterizo” (2005: 213). Una muestra de ello en la novela es su gobierno de Valencia en que supo prescindir de prejuicios religiosos estableciendo en la ciudad una administración basada en la justicia (según los cánones de la época).

**4. La crueldad,** no solo en las batallas, sino en la manera de tratar a los vencidos –sean soldados o la población de las ciudades y pueblos conquistados– es una característica constante de las costumbres medievales. Rodrigo Díaz de Vivar, hombre de su época, no era una excepción. El autor de la novela ha plasmado también esta faceta de su personalidad, en aras del realismo de la narración. Eso sí, se subraya que el héroe castellano no era dado a los excesos (rasgo acorde con su prudencia y moderación que ya hemos examinado en el apartado anterior). Su actitud ante el pillaje y las bajas pasiones que desencadena la conquista de una ciudad queda bien expresada en las siguientes palabras del narrador: “Sé que Rodrigo tampoco aprobaba ese comportamiento de la mayoría de sus hombres, pero él sabía que en las leyes de la guerra [...] el vencido queda a merced del vencedor y al vencedor le pertenecen todas sus propiedades, incluidas sus propias mujeres” (294).

Al mismo tiempo, cuando quiere castigar, el Cid es capaz de actuar sin piedad alguna. Así lo hace en la conquista de Logroño que manda asolar, a pesar de que la ciudad está dispuesta a entregarse sin lucha. Diego se permite increparle, a lo que el Cid contesta: “Hace tres días formaban parte de un ejército dispuesto a acabar con nosotros, también son culpables” (498). La misma suerte correrán varias villas de las tierras riojanas del gran enemigo del Cid, el conde García Ordóñez (499). El autor no ahorra las escenas de violaciones, atrocidades y matanzas que cometen las mesnadas del Campeador. Aunque él no participe en ellas, todos estos actos se realizan con su

consentimiento y como resultado de las decisiones que toma, siendo plenamente consciente de las consecuencias. El narrador subraya que “nadie se avergüenza en nuestros tiempos de acciones como estas, que se estiman como normales en tiempos de guerra” (521). Es el lado oscuro de las victorias que una narración realista como la novela que nos ocupa no podría pasar por alto. A veces la crueldad tiene una función intimidatoria, pretende lanzar una advertencia al enemigo. Tal es el caso de la horrenda orden que da Rodrigo para atemorizar a los musulmanes sitiados en Valencia: a los capturados les sacan los ojos, se les amputan las manos y rompen las piernas y sus cadáveres se cuelgan de los alminares de las mezquitas (533). Otras veces se trata de un castigo cruento que ha de servir de escarmiento a los demás: así Ibn Yahhaf, último gobernador musulmán de Valencia que traiciona a su rey, es condenado por el Cid (respetando la ley coránica) a ser lapidado (543); los musulmanes valencianos sublevados son ejecutados porque “las conjuras, como la gangrena, hay que atajarlas de golpe”(554), como dice el Cid desoyendo el consejo de Diego de ganar la simpatía de la población mahometana de la ciudad conquistada mostrándose clemente. La novela, por tanto, crea la imagen de un Cid que no disfruta de la crueldad, como seguramente hacían algunos hombres de poder en aquellos tiempos, pero que no deja de recurrir a actos de violencia, cuando lo estima necesario.

5. Una cualidad que todas las obras dedicadas al héroe castellano le atribuyen es su **valentía**. El narrador en la novela de Corral se refiere a ella en numerosos episodios: Rodrigo es el primero en atacar al enemigo (60, 193, 416); mantiene la serenidad aun en los momentos más tensos antes de una batalla (115-16); arrostra el peligro cuando los demás lo esquivan (161). Sin embargo, las escenas que muestran la intrepidez del Cid no lo presentan como un insensato, su atrevimiento es fruto del análisis a sangre fría de cada situación, del deseo de dar un ejemplo y envalentonar a los demás, no es el denuedo de un engreído, de un fanfarrón, es decir, el valor del Cid se ve equilibrado por su prudencia y por sus dotes tácticas. Estamos, pues, ante una combinación –valentía, sensatez y capacidad analítica– rara y envidiable. A todo ello hay que añadir una especie de sexto sentido que parece poseer el Campeador para tomar con rapidez y determinación la mejor decisión en una situación crítica.

6. Otra faceta de la imagen del Cid, a menudo recalcada en la novela, es **la honradez** del héroe castellano. Una de sus muestras, quizá la principal, es su lealtad al rey: primero a don Sancho, que hereda la corona de Castilla, y luego, tras la muerte de este, a don Alfonso, monarca legítimo, hermano del rey Sancho que no deja descendientes. Lo dice claramente el Cid y defiende esta postura ante las reticencias de algunos nobles castellanos (138). Se nos presenta, pues, a un Cid apegado a los valores tradicionales de lealtad feudal, que otros muchos aristócratas medievales olvidan, cuando contradicen sus intereses o ambiciones.

También ejerciendo de juez, Rodrigo se muestra honrado y dado a apoyar la causa justa: en el pleito entre los monjes de San Pedro de Cardaña y los infanzones de Orbaneja por unos bueyes, él, junto con el otro juez, el merino de Burgos, dictan una sentencia que, por una parte, favorece a los más “débiles”, los monjes, ordenando que les sean devueltos los bueyes, y, por otra, para no desairar a los nobles, les conmutan la pena de pagar el duplo de lo robado al rey por el pago de una ternera, hábil ardid que hace que la sentencia parezca menos desfavorable a los ojos de los infanzones (143).

Es de notar asimismo la obediencia del Cid como fiel vasallo, aun en los casos en que es tratado de manera injusta, como cuando el rey Alfonso no le trata con el respeto que merece,

otorgando al mismo tiempo nombramientos y honores a personas menos dignas (148). El Cid no reacciona, poniendo su deber de súbdito por encima de su ambición y de su orgullo.

También en su trato con los altos nobles el Cid es propenso a evitar conflictos, a no ser que tenga que defender su honra. Es lo que ocurre en su enfrentamiento con el conde García Ordóñez (200-1): agotadas las posibilidades de eludir el choque, el Cid se hace valer por la fuerza, zanjando la cuestión de forma rápida y eficaz, y amedrentando a los otros nobles que apoyaban al agresor. En esta última situación se corrobora una vez más un rasgo típico del carácter del Cid: él es un hombre paciente, capaz de dominar sus impulsos, pero sabe mostrar a quienes abusan de su autodomínio que no permitiría a nadie pisotear su honor.

El Cid da prueba de su honradez y sinceridad también en sus relaciones con sus subordinados. Exiliado por el rey Alfonso, Rodrigo tiene un plazo para abandonar el reino. Todo un ejército de hombres aguerridos concurre para unirse a la mesnada del héroe desterrado. El Cid queda conmovido, pero, consciente del sacrificio que hacen estos valientes, intenta disuadirlos de que le acompañen en el exilio (220).

La última escena, muy emotiva, pone el énfasis en la fidelidad que muestra la población del feudo de Rodrigo a su señor. Sin embargo, para ser objetivos, debemos reconocer que los que querían unírsele perseguían una mejor fortuna, dado que estar al lado de un buen líder suponía un rico botín tras las victorias y conquistas. La negativa inicial de su señor de aceptarlos en su mesnada pensando en su bien, es una ocurrencia del novelista que resulta poco convincente: no es probable que el caballero desterrado estuviera dispuesto a renunciar a acrecentar su tropa, de la que iba a depender su futuro.

El respeto que tiene por sus hombres se manifiesta claramente cuando entre ellos cunde el descontento por no haber acudido a tiempo la hueste del Campeador en ayuda al rey Alfonso para la defensa de Aledo. El Cid se planta ante todos para explicar los hechos y luego les advierte que, a resultas de un malentendido o una conspiración, el rey castellano se dispone a dictar una dura condena contra él. Sus palabras son las de un hombre honesto y preocupado por las personas que están bajo su responsabilidad: “Yo no quiero que seáis responsables de mis errores; por ello, el que desee volver a Castilla lo puede hacer con plena libertad, y si algún juramento de vasallaje tuviera conmigo, quede liberado de él para siempre. A los que decidan marcharse, nada les reclamaré y nada les reprocharé” (407). Otra vez el novelista ha presentado de manera idealizada al héroe.

Tras el exilio, el Cid, con su tropa, ofrece sus servicios al rey al-Mutamin de Zaragoza y contrae un acuerdo con él. Sin embargo, tras el fallido intento de los castellanos de conquistar la fortaleza de Rueda, Rodrigo se encuentra con el rey Alfonso para confirmarle su respeto como vasallo suyo. La conversación entre los dos (280-1) es bien elocuente: el Cid sigue fiel a su monarca, pero no por ello piensa cambiar de bando. Cuando el rey le sugiere la posibilidad de recuperar la gracia real y volver a Castilla, el Campeador alega su compromiso con el rey de Zaragoza y su determinación de cumplirlo. Para él, la palabra dada está por encima del interés coyuntural. Así es como están presentados sus motivos en la novela. Es más lógico suponer que el héroe castellano tomara esta decisión considerando que su posición en Zaragoza era más segura.

Los ejemplos examinados ponen de manifiesto que, en ocasiones, el novelista tiende a subrayar ciertas cualidades del Cid, que tradicionalmente se le atribuyen, en detrimento del realismo.

**7. La vida privada** del Cid no está en el centro de atención en la novela de José Luis Corral. Sin embargo, hay algunos pasajes que aluden –si bien brevemente– a sus experiencias

afectivas. Su primer amor (según su escudero en la obra literaria) es la viuda doña Inés de Castro que aparece tan solo en una escena fugaz en que Rodrigo le presenta a Diego y la dama, al enterarse de que su amante tiene que partir, reclamado por el rey, le pregunta si no puede quedarse unos días más (77). El narrador no deja lugar a dudas sobre la fuerza de los sentimientos del Cid: la muerte repentina de su amada lo sume en una profunda depresión durante meses (144). El matrimonio que contrae más tarde con Jimena es acordado a instancia del rey, pero el narrador describe el efecto vivificador de esta relación sobre el héroe castellano: “creo que aquella misma noche olvidó para siempre la melancolía que le produjo la muerte de la viuda de Celada” (154). Su amor a su esposa y a sus hijos queda demostrado –aun cuando son bien escasas las referencias que aparecen en la novela– por el hecho de que en medio de los múltiples avatares y altibajos de su destino siempre piensa en su seguridad y se preocupa por su bienestar. A primera vista la decisión de enviar a su hijo, todavía muy joven, a librar una batalla (en que perece) podría entrar en contradicción con lo antedicho. Pero la valoración objetiva de tal decisión debe tomar en consideración cómo era la vida en aquellos tiempos remotos: un joven hidalgo en la época del Cid no tenía otro destino que merecer su apellido en el campo de batalla, ya sea venciendo o muriendo con honor.

8. Un aspecto importante de la personalidad del Cid que explica muchas de sus acciones y decisiones es su **autoestima** o **autosuficiencia** que va creciendo a lo largo de su trayecto vital hasta convertirlo en un señor independiente. Quizá el primer impulso a dicha autoestima es el afecto, el respeto y la confianza –desde la adolescencia– que le profesa el infante y futuro rey de Castilla don Sancho. El segundo serían las habilidades de las que el Cid hace gala desde una edad temprana y que desarrolla y muestra una y otra vez primero como guerrero y más tarde como estratega militar. Una fuerte prueba de su aplomo es la seguridad en sí que sabe mostrar en situaciones de peligro. En la novela hay varias referencias por boca de su escudero –y narrador– Diego a esta fuerza de carácter del castellano: “Mi señor salió de la tienda con paso firme y decidido, aunque era la primera vez que iba a entrar en combate” (44); “Cuando le ajusté las correas que le sujetaban el yelmo al cuello contemplé por un instante sus ojos; estaban tan tranquilos y serenos como si en vez de acudir al encuentro con la muerte, saliera a dar un apacible paseo por sus campos de Vivar cualquier mañana de otoño” (82). Dicho aplomo le lleva a comportarse a veces con una osadía rayana en la irreverencia, pero no en la fanfarronería, ya que no se nutre de la vanidad, sino de la plena consciencia de sus posibilidades. Un buen ejemplo es su tono contundente cuando pretende asumir el mando de las tropas de al-Mutamid: “Tradúcele al rey que le comunique al general en jefe de su ejército que todos sus soldados deberán estar bajo mis órdenes y que en dos días comenzaremos los ejercicios militares para preparar el ataque a Granada” (190). Es curioso que en este y en otros casos semejantes tal atrevimiento no solo quede impune, sino que doblegue la voluntad de personajes poderosos y acostumbrados a la obediencia de cuantos les sirven. La explicación radica, a nuestro juicio, precisamente en la seguridad que irradian la presencia y las palabras de Rodrigo inspirando confianza y respeto. La actitud del Cid en esta escena ideada por el novelista podría parecer algo exagerada o demasiado atrevida, pero la posición que ganó en la corte del rey musulmán hace pensar que realmente era capaz de hacerse valer e imponer su voluntad.

Entre las múltiples descripciones de su personalidad que hace el narrador hay una extraordinariamente certera que parece plasmar con un alto grado de fidelidad lo que realmente fue este personaje histórico: “Rodrigo era uno de esos escasos hombres que surgen de siglo en siglo y



que poseen un alma indómita, una voluntad sólida como una montaña de granito y una tal fe en sí mismos que pueden alcanzar cuantos logros se proponen” (387). Tres cualidades –alma indómita, voluntad sólida y fe en sí mismo– que le hacen sentirse superior a muchos otros nobles más encumbrados que él y ambicionar un justo reconocimiento de sus méritos que nunca recibe en la corte del rey Alfonso.

9. En estrecha relación con lo anteriormente examinado están **las ambiciones** del Campeador. Este se da cuenta desde joven de cuál es el camino hacia el ascenso social para un infanzón como él: la habilidad y el valor en la guerra (34). El narrador subraya varias veces (168, 201, 384) que su máxima ambición es lograr el prestigio y la posición en la corte que cree merecer con su abnegado servicio al monarca y que, en última instancia, van ligados a la consecución del título condal, un sueño que nunca se volverá realidad. Es curioso que el autor nunca ponga en boca del Cid la clara verbalización de dicha ambición; es siempre el narrador quien alude a ella. Nos parece que este detalle no es insignificante: el Cid es un hombre orgulloso y las personas orgullosas no suelen pedir lo que realmente pretenden; ellas esperan obtenerlo por sus méritos, esperan que sus méritos hablen por ellos.

El momento en que el Cid se da cuenta de que jamás logrará su propósito –el injusto destierro– marca un antes y un después en su actitud y en sus planes, cambiando el rumbo de sus ambiciones. Profundamente desilusionado, el Campeador va concibiendo la idea de independizarse, de luchar como mercenario poniendo su espada –y las de su hueste– al servicio del que sea capaz de agradecerse. Con el tiempo este espíritu de autonomía evolucionará hasta llevarlo a convertirse en un señor feudal independiente, soberano sin corona del reino de Valencia. El narrador nos da aquí y allá los indicios de la idea que va tomando forma en la cabeza del héroe castellano. Cuando el Cid decide construir un castillo en Jiloca y Diego le pregunta en nombre de quién tomará posesión del castillo, su respuesta es bien indicativa del curso de sus pensamientos: “En el nombre de Dios... y en el mío propio” (392). Quisiéramos llamar la atención sobre la pausa –marcada por los puntos suspensivos– entre las dos partes de la oración: es un instante de duda, tras el cual el Cid rompe por primera vez con su obstinado vasallaje respecto al rey Alfonso, quien nunca supo apreciar lo suficiente su fidelidad. El comentario del narrador que sigue corrobora esta impresión: “...fue en ese momento cuando comprendí que [Rodrigo] nunca más obedecería a otro señor que a él mismo” (392-93). Los sucesos ulteriores dan pie para que el narrador aluda repetidas veces a la creciente ambición del Cid de romper todo lazo de vasallaje, estableciéndose en Valencia como señor independiente (400, 402, 418-19, 421, 478). ¿Llegó Rodrigo a ambicionar una corona real? Una vez dueño de Valencia, semejante idea le podría haber parecido realizable. Según la novela de Corral, el Campeador desechó tal pensamiento. En dos ocasiones, en sendas conversaciones con Diego, el Cid se opone a la posibilidad insinuada por su escudero de coronarse como monarca de Valencia. Ya en el primer caso alega que no tiene derecho a ello por su origen, aunque parece no zanjar definitivamente la cuestión (478-9); en el segundo su postura es tajante: “No, Diego, no he nacido para ser rey. Cada uno de nosotros debe saber cuál es su sitio. Dios ha dispuesto que el mío sea este, pero no ha dispuesto que fuera rey. Y no seré yo quien altere el plan divino de las cosas” (539). Estas palabras son de una importancia clave para perfilar la imagen del Cid recreada por Corral. El Campeador aceptaba el orden establecido (que, en aquella época, se consideraba sancionado por Dios) y no aspiraba a más de lo que merecía. Esta versión de las intenciones de Rodrigo Díaz es discutible. Martín ha estudiado el documento en que consta la donación de terrenos a la catedral de Valencia (en que el Cid adopta el título de *princeps*) y llama la

atención sobre el hecho de que ni una sola vez se menciona al monarca, lo cual, según el estudioso, muestra que el Cid se consideraba totalmente independiente (2010: 3); lanza además la hipótesis de que casando a su hija Cristina con el infante Ramiro de Navarra, el héroe pretendía convertir sus dominios en reino (2010: 16-17).

**10.** Pese a la valentía y la autosuficiencia que ostenta el Cid, como hombre de su tiempo era propenso a ciertas **supersticiones**. En la novela, a veces, antes de tomar una decisión, se le ve atento al vuelo de las aves, ya que, según una vieja creencia, si las aves vuelan a la izquierda de uno, es un mal presagio, y si lo hacen a su derecha, es un buen signo (547).

Como es bien sabido, esta fe en el vuelo agorero de las aves está presente en el *Cantar de Mio Cid*. Pero también en la *Historia Roderici* se menciona algo al respecto: en la carta del conde Berenguer al Cid de 1090 aquel le culpa de confiar más en los augurios de las aves que en Dios (Falque Rey 1990: 71-2).

**11.** En este apartado examinaremos los pasajes en que el narrador nos describe **la actitud hacia el Cid** o las impresiones que genera en los demás en general (sus relaciones con personajes concretos serán analizadas aparte). “Apenas frisaba los veinte años y ya era uno de los caballeros más afamados de la corte” (69) es una afirmación lógica, dadas las cualidades que, como ya hemos visto, el Cid empezó a mostrar desde muy joven. No es casual que, tras la victoria de Rodrigo sobre el gigante musulmán Fariz, aparecieran los primeros cantares juglarescos dedicados al Campeador (89). Pero quizá la mayor victoria del héroe fuera la de ganar el respeto y la confianza de su gente, esos guerreros que le acompañaron en el exilio y en su camino hacia la independencia, un respeto al que no tardaron en unirse los musulmanes del reino de Zaragoza que le dieron el sobrenombre con el que iba a convertirse en un mito (en la novela se alude a las dos posibles interpretaciones de la palabra Cid (de *sīd*, león, o de *sīdī*, señor, 274). Su fama cundió por el mundo árabe de la Península y hasta los poetas musulmanes recitaban canciones sobre sus hazañas, mientras los guerreros deseaban formar parte de su mesnada (375).

Por supuesto, el flujo de caballeros que engrosaban la hueste del Campeador, fuera cual fuese su origen, se debía más que nada a un incentivo pragmático, varias veces subrayado en la novela: “Casi siempre eran caballeros sin tierras, hijos segundones que habían tenido que dejar los dominios familiares a la muerte de su padre”; “ávidos de fortuna, de fama y de dinero” (426-7). Y así era, sin duda, lo cual no invalida en absoluto las observaciones anteriores, pues a ese poder de atracción que ejercía el caballero castellano subyacían el respeto y la confianza ya aludidos.

**12. Las relaciones entre el Cid y el infante y futuro rey de Castilla Sancho** son importantes para perfilar la imagen del protagonista de la novela. Desde la adolescencia los unió un afecto mutuo (22) y una estrecha amistad (33). El aprecio del príncipe por el futuro Campeador queda demostrado en su insistencia ante el rey para que Rodrigo fuera admitido en la curia a pesar de ser un infanzón (62) y más tarde, ya coronado, Sancho le designó portaestandarte real de Castilla, un alto honor que no correspondía a su estirpe (70). Rodrigo, por su parte, se muestra en todo momento como un buen vasallo y, con la prudencia y la honradez que lo caracterizan, da valiosos consejos al monarca, tratando de templar su temperamento fogoso y frenar sus ambiciones desmedidas de unificar cuanto antes el reino que su padre dividió entre sus hijos (102-3). Como en tantos otros casos, los argumentos del Cid se inspiran en los principios que constituyen la base moral de todas sus acciones: honor, lealtad, firmeza en el cumplimiento de la palabra dada.

**13. Las relaciones con el rey Alfonso** son cruciales para el destino del Cid, ya que influyen en muchas de sus decisiones importantes. Tras la muerte del rey Sancho, Rodrigo apoya a Alfonso como legítimo heredero de su hermano, muerto sin dejar descendencia (138). Su obediencia como buen vasallo se manifiesta claramente cuando acepta la voluntad del rey de casarlo con Jimena, aunque trata de explicarle que todavía no piensa en un matrimonio (145). Al mismo tiempo, su sumisión no le impide, como antes con Sancho, dirigirse con franqueza al monarca: “guardaos de los nobles que anidan a la sombra de la corona sólo en busca de su beneficio”. Pero sus advertencias caen en saco roto. Alfonso, a diferencia de su hermano, nunca proporciona al Cid la confianza y el respeto que el orgulloso castellano necesitaba (y merecía), prefiriendo a los altos nobles que eran grandes enemigos del Cid. Las escasas muestras de aprecio (como la de conceder la ingenuidad<sup>4</sup> a sus propiedades en Vivar, 164) eran una recompensa insuficiente para un hombre leal, pero a la vez ambicioso como el Campeador. Este aspiraba al reconocimiento público de sus méritos que, para él, equivalía al encumbramiento en la jerarquía nobiliaria y en la del mando militar. Lejos de darle lo merecido, el monarca termina enemistándose con el héroe, desterrándolo por la incursión (motivada, pero no autorizada por el rey) en las tierras del reino de Toledo. Rodrigo acepta la condena, que incluye además la separación de su familia, con la resignación de un buen vasallo: “el rey es la justicia” (218).

Ya exiliado, el héroe castellano ofrece sus servicios y los de su hueste al rey al-Muqtádir, pero a condición de que no tenga que enfrentarse con el monarca castellano (247). En la novela se revela repetidas veces que la palabra dada está por encima de todo para el Cid. Así como no quiso luchar contra Alfonso, a quien había jurado lealtad, tampoco quiso cambiar de bando al recibir el ofrecimiento del rey castellano de regresar a la patria con la orden de exilio revocada. Y la razón era otra vez la lealtad jurada que le unía en aquel momento al rey de Zaragoza (281). Cuando aparece una nueva amenaza para Castilla, los almorávides, Rodrigo está dispuesto a olvidar los desaires sufridos y apoyar a Alfonso (361). Perdonado por el rey, Rodrigo recupera y aun acrecienta sus posesiones y hasta obtiene la licencia de conquistar y retener para sí tierras de los moros. Pero sigue sin obtener lo que realmente le importa: el título condal, lo único que podría igualarlo a los altos nobles del reino cuya arrogancia se ve obligado a aguantar.

Con todo, cabe subrayar que la licencia de adueñarse de los territorios conquistados y además “con carácter hereditario” como dice expresamente *Historia Roderici* (Falque Rey 1990: 59) era una concesión extraordinaria que atestigua el aprecio del rey por los méritos de su vasallo, sin olvidar, por supuesto, que esta licencia no suponía la total autonomía de dichos territorios porque estos, a fin de cuentas, iban a entrar en el reino de Alfonso, siendo el Cid vasallo suyo.

Pero los altibajos en las relaciones entre el Campeador y el monarca están lejos de concluir. En la novela un engaño es la causa de que la tropa de Rodrigo no acuda en ayuda del rey, que se desplaza con su ejército hacia Aledo para hacer frente a los almorávides, y se insinúa, por boca de Diego, que el engaño fue tramado por nobles castellanos y leoneses enemigos del Cid (406). Según G. Martínez Díez, se trata tal vez de un “error de cálculo” por parte del Cid (2001: 192). Se produce entonces la segunda ruptura entre los dos varones. Y por primera vez el Cid muestra claramente un cambio de actitud con respecto al monarca: su arrebató tras el engaño revela que el respeto hacia su rey ya está quebrado: “Me importa un rábano lo que piense don Alfonso; lo único que me preocupa es que alguien crea que Rodrigo Díaz de Vivar ha rehusado acudir a una batalla

<sup>4</sup> Es decir, de conservar la posesión de sus propiedades aun sin residir en ellas.

---

---

por miedo” (405). Sin embargo, más tarde, en la campaña contra Granada, el Cid vuelve a apoyar al monarca. Y allí otra vez sus acciones son malinterpretadas por un rey airado a causa del fracaso del asedio. Sigue una escena (463) de violento enfrentamiento entre soberano y vasallo en que el primero da rienda suelta a su resentimiento, mientras que el segundo se defiende sin perder la calma. Pero ya no es el respeto, hace tiempo desaparecido, ni la lealtad lo que le impide levantar la mano contra Alfonso. He aquí las palabras que dirige a su fiel escudero Diego: “Si me hubiera vuelto contra él, sus palabras hubieran sido proféticas. El rey esperaba que yo alzara mi mano ante él, y así tener una buena excusa para detenerme. Gracias a Dios he podido resistir la tentación de ensartarlo aquí mismo con mi espada” (464). Los lazos que unían a Rodrigo con el rey castellano ya están rotos. A partir de ese momento el Cid luchará por cuenta propia y actuará conforme a sus intereses y ambiciones. Cuando Alfonso le envía una carta de reconciliación, su reacción es bien elocuente: “He conseguido lo que pretendía: el temor y el respeto del rey. Castilla ya no me interesa” (501). Además, la contención del vasallo que caracterizaba su actitud al rey, sus palabras, siempre respetuosas, mesuradas, su disposición a aceptar cualquier decisión del soberano, ya están en el pasado. Ahora el Campeador se permite criticar abiertamente al monarca, señalando sus errores: “Nunca ha sido un buen estratega y jamás ha tenido a su lado generales capacitados para dirigir el ejército con éxito” (527).

Las relaciones entre Alfonso y Rodrigo volverán a mejorar, pero el Cid nunca más actuará como vasallo del rey, sino como un señor independiente que hace y deshace alianzas movido por su interés coyuntural como cualquier otro reyezuelo medieval. Esta es la idea a la que nos conduce el novelista y que confirman los datos históricos: Fletcher examina varios documentos de la época para concluir que “entre 1094 y 1099 Rodrigo no actuó en otro beneficio que el suyo propio” (1989: 190).

Hay, no obstante, un acto de Rodrigo que el narrador interpreta como una señal de lealtad al rey: el hecho de que decida enviarle seis batallones para ayudar a la defensa de Toledo al mando de su hijo Diego. El propio Cid explica de otra manera su decisión: “Es su oportunidad para demostrar que puede ser... mi sucesor en el señorío de esta ciudad [Valencia] y de su reino” (556). Quizá el Cid deseara darle a su hijo la oportunidad de destacar como guerrero, de ganar fama como su padre, que, gracias a ella, pudo formar un ejército propio y conquistar un reino.

La causa por la que el hijo de Rodrigo participó en la batalla, fatal para él, no figura en las fuentes históricas. El novelista ha recogido la versión de Menéndez Pidal, quien supone que Diego fue enviado por su padre (1969: 535); según Martínez Díez es posible también que Diego estuviera al lado del rey “formando parte de la *schola regis*, esto es, de los jóvenes que, integrados en el séquito del rey, se hallaban en la corte acabando su formación de caballeros y sirviendo al mismo tiempo a su monarca” (2001: 374).

En definitiva, la manera en que José Luis Corral presenta al rey y sus relaciones con el Cid corresponden plenamente a las observaciones de Menéndez Pidal, quien considera que el soberano no supo apreciar y utilizar en su favor las cualidades de su vasallo, prefiriendo a nobles ineptos como el conde García Ordóñez. El ilustre investigador explica este hecho con “un egocentrismo patológico que le melancolizaba con los éxitos ajenos” y que fue la causa de que fuera incapaz de enfrentarse con el poderoso imperio almorávide (Menéndez Pidal 1968: 239-43). Efectivamente, la nueva amenaza musulmana exigía una concentración de las fuerzas cristianas de la península en que el Cid hubiera podido desempeñar un papel protagonista.

14. Diego, el fiel escudero, personaje que el autor de la novela ha inventado para hacerlo acompañar a su señor desde la juventud hasta su muerte, es también el narrador y los sucesos y personalidades que en la obra se narran o describen se presentan desde su punto de vista. Por tanto, **Diego** es un personaje clave y **sus relaciones con el Cid** revelan importantes facetas de la imagen del héroe. Convirtiéndolo en fiel servidor y también amigo sincero y desinteresado del héroe, el novelista hace posible que entre los dos nazca la plena confianza y un profundo afecto. Diego es el personaje con quien el Campeador puede hablar con total franqueza, confiarle sus pensamientos, preocupaciones y emociones más íntimos. A través de los diálogos entre ellos y gracias a las observaciones de Diego como narrador, el lector puede acercarse al Cid y conocer su psicología. Sus relaciones no son las típicas que cabe esperar entre un vasallo y su señor. El Cid trata de proteger y enseñar a Diego lo que un caballero debería saber (el joven fue nombrado caballero por don Sancho a instancias de Rodrigo, 100), dispensándole un trato como si de un hijo suyo se tratara. Diego, por su parte, llega a ser el más leal de los guerreros del Cid, confidente y consejero suyo, que se puede permitir decirle sin miedo lo que piensa en cualquier situación, porque es guiado siempre por el afecto que le une a su señor y por el deseo de ayudarlo, y sabe que el Cid confía en él sin reservas. Por eso el Campeador no se enfada cuando Diego se permite discutir con él y expresar una opinión diferente. De hecho, en las conversaciones con Diego el novelista le hace a menudo al héroe exponer sus principios y sus motivos para actuar de una u otra manera. Un buen ejemplo tenemos en la discusión entre los dos a la vista de Logroño incendiado. El escudero le reprocha a Rodrigo el cruel castigo infligido a los ciudadanos y el Cid, sin irritarse en absoluto, le explica sus motivos (498).

15. Por último quisiéramos mencionar **las relaciones del Cid con doña Urraca**, hermana de los reyes Sancho y Alfonso. Urraca aparece tan sólo esporádicamente en la novela. En las pocas ocasiones en que dialoga con Rodrigo, la princesa muestra más que simpatía hacia él, y el narrador insinúa que se sentía atraída por el joven caballero. Sin embargo, ella deja bien claro que el origen del Cid imposibilita una mayor intimidad entre ellos. En las palabras que le dirige se deja sentir cierta condescendencia: “lástima que tan sólo seáis un infanzón” (121). El Cid, por su parte, sea porque no compartía la simpatía de la princesa, sea porque se daba cuenta de que una relación entre los dos sería ilícita, no muestra ninguna actitud más allá del respeto que un vasallo debe a un miembro de la casa real.

Los supuestos sentimientos de la infanta hacia Rodrigo tienen su raíz en una historia legendaria, popularizada por el romancero –recordemos el romance ¡*Afuera, afuera, Rodrigo, el soberbio castellano!* (1966: 66)– y el drama de Guillén de Castro *Las mocedades del Cid* (1618).

---

---

## Conclusiones

La novela *El Cid* de José Luis Corral constituye una recreación artística basada en la biografía de un personaje histórico convertido en un mito literario. El autor ha realizado, evidentemente, una seria labor de investigación (en la nota final afirma que manejó unos trescientos títulos). Allí donde se ha visto obligado a recurrir a la invención, el novelista se mantiene casi siempre próximo al realismo, a lo que los datos disponibles permiten colegir o presumir. Al mismo tiempo, se subraya varias veces lo subjetivo y parcial que es todo relato de unos sucesos pasados, es decir, la relatividad del conocimiento histórico, sus limitaciones. Fijémonos en las siguientes palabras del narrador: “Yo luché en Golpejera y las cosas sucedieron como las he contado, o al menos así es como las recuerdo” (117); “Los acontecimientos que sucedieron a continuación, solo Dios los conoce. Desde aquellos días del cerco de Zamora hasta hoy, cuarenta años después, han sido muchos los juglares, poetas y cronistas que han cantado, narrado y escrito sobre lo que allí aconteció, pero yo, que fui testigo de los actos, no he podido saber nunca lo que de verdad pasó” (133); y las de Rodrigo: “Dos hombres que hayan presenciado la misma escena la recordarán de forma distinta tiempo después, e incluso el mismo hombre la recreará de manera bien diferente con el paso del tiempo. Los recuerdos no permanecen en la cabeza de los hombres estables como las montañas, sino que cambian conforme cambiamos nosotros mismos” (481). El autor, inevitablemente, ha optado por seguir unas interpretaciones de los hechos, desechando otras. La razón de que a veces su versión sea cuestionable viene a ser cierta tendencia cidófila que le hace poner énfasis en las virtudes del héroe. Dicha tendencia – generalizada, por cierto, en la literatura española sobre temas cidianos– se debe, a nuestro parecer, al peso que tiene la mitificación del héroe a lo largo de los siglos en la configuración de su imagen.

El resultado final, a nuestro juicio, es una imagen literaria del Cid realista y convincente. Aun cuando es obvio que Corral siente una fuerte simpatía por el personaje, esto en modo alguno le ha impedido presentarlo con toda la complejidad y contradicciones que lo caracterizan: un hombre excepcional por sus cualidades y capacidades de líder y de estrategia militar, a la vez que sujeto a sus intereses feudales y a sus ambiciones, y también dependiente, como lo somos todos, de los condicionamientos de la época en que vivió.

---

PETER MOLLOV es profesor titular en el Departamento de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Sofía *San Clemente de Ohrid*. Imparte cursos de Literatura española medieval y de los Siglos de Oro, así como seminarios de traducción de textos literarios y especializados (búlgaro-español y español-búlgaro). Su labor como investigador se centra en la literatura española. Es autor de los libros *La parodia en la poesía de Francisco de Quevedo y Luis de Góngora*; *Sátira y burla de los defectos, las debilidades y los vicios humanos en la poesía española de la Edad barroca*; *La imagen del Cid en la literatura española*, así como de manuales para los estudiantes de Filología Hispánica en la Universidad de Sofía.

---

---

## Bibliografía

- ANÓNIMO. 1966. *Romancero del Cid*. Madrid: Taurus
- CORRAL LAFUENTE, José Luis. 2002. “Olvido y reivindicación en la historia medieval: la biografía”. *Edad Media. Revista de Historia*. Nº 5, 19-37.
- \_\_\_\_\_. 2005. “Ficción en la Historia: la narrativa sobre la Edad Media”. *Boletín hispánico helvético. Historia, teoría(s) y prácticas culturales*. Nº 6, 125-39.
- \_\_\_\_\_. 2011. *El Cid*. Barcelona: Edhasa.
- CRESPO-VILA, Raquel. 2015. “Reescrituras cidianas: Rodrigo Díaz de Vivar y la condición posmoderna”. *Cuadernos de Aleph*. Nº 7, 31-51.
- FALQUE REY, Emma. 1990. “Historia Roderici vel gesta Roderici Campidocti”. En *Chronica Hispana saeculi XII (Corpus Christianorum LXXI)*. Turnhout.
- FLETCHER, Richard. 1989. *El Cid*. Madrid: Nerea.
- HEERS, Jacques. 1995. *La invención de la Edad Media*. Barcelona: Crítica.
- HUERTAS MORALES, Antonio. 2015. *La Edad Media contemporánea. Estudio de la novela española de tema medieval (1990-2012)*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo.
- MARTIN, Georges. 2010. “El primer testimonio cristiano sobre la toma de Valencia (1098)”. *e-Spania online*. Nº 10. <<https://journals.openedition.org/e-spania/20087>> [Consulta: 7 de agosto de 2018].
- MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo. 2001. *El Cid histórico*. Barcelona: Planeta.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. 1968. *El Cid Campeador*. Madrid: Espasa Calpe.
- \_\_\_\_\_. 1969. *La España del Cid*. Madrid: Espasa Calpe.
- PEÑA PÉREZ, F. Javier. 2005. “El Cid, un personaje transfronterizo”. *Studia historica. Historia medieval*. Nº 23, 207-17.
- \_\_\_\_\_. 2010. “Gesta Roderici: El Cid en la historiografía latina medieval del siglo XII”. *e-Spania online*. Nº 10.
- VATTIMO, Gianni *et al.* 2003. *En torno a la posmodernidad*. Barcelona: Anthropos.